11151
Una boda improvisada

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

M.no Fernandez

OFICINAS

CALLE DE JESUS Y MARÍA, NUM. 4, PRINCIPAL

MADRID

10

UNA BODA IMPROVISADA.

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 8 de Mayo de 1849.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
DON PROTASIO.	*Don José García Luna.*
DON ANDRÉS.	*Don Florencio Romea.*
DON LUIS.	*Don Julian Romea.*
ADELA.	*Doña Matilde Diez.*
TERESA.	*Doña Cármen Corcuera.*

La escena es en un pueblo á seis ú ocho leguas de Madrid.

El teatro representa una sala de la casa de don Protasio: muebles antiguos.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ESCENA PRIMERA.

ADELA. DON ANDRÉS. TERESA.

Teresa. Nadie parece!

Adela. Cosa mas rara!... no hay gentes en esta casa?... Bajamos del coche, y nadie sale á recibirnos!... nos metemos aquí como Pedro por su casa y llegamos hasta la sala sin encontrar alma viviente...

Andrés. Esta soledad me dá muy mala espina!... mi tio me escribió que estaba enfermo de peligro... y quizá todos estarán ocupados en asistirle... ó acaso nos hallaremos con alguna desgracia!... Esperad aquí: voy á subir á su cuarto, y vuelvo á deciros lo que pasa.

ESCENA II.

ADELA. TERESA.

Adela. Tu marido cree que su tio está agonizando, y yo apuesto á que está tan bueno y sano como nosotros. Me acuerdo que siendo niña venia á casa todos los dias, y siempre con la tema de que estaba muy malo: se me figuraba el enfermo de aprension. Lo mismo es ahora: pasa la vida haciendo testamento y tomando medicinas... en fin, es tal su manía, que dá cuarto en su casa al médico, al escribano y al cura, por tenerlos á la mano.

Teresa. Jesus! qué sociedad tan lúgubre debe ser la del tio!

Adela. Y mira qué muebles... de qué siglo será esto?...

Teresa. Por Dios, Adela!... conten un poco tu genio, y no vayas á hacer burla... ya sabes lo que nos ha dicho mi marido acerca del tio don Protasio: es un señor muy escrupuloso, que siempre está predicando la decencia, las buenas costumbres y la fidelidad conyugal!

677552

Adela. Sí, ya sé que está montado á la antigua; pero no vayas tú á hacerle el duo con esa cara de duelo...

Teresa. Y qué quieres! yo no tengo tu genio, y me veo metida en un laberinto, que...—Don Protasio no sabe que su sobrino se ha casado de secreto conmigo... y continuamente le está apurando para que celebre contigo su matrimonio... solo con esa condicion le deja por heredero.

Adela. Ya le haremos mudar de idea. Él quiere hacer por ese medio que yo disfrute de sus bienes... le agradezco mucho la buena intencion; pero no es cosa de hacerme rica por fuerza.

Teresa. Mi querida Adela! jamás olvidaré tan generoso sacrificio!

Adela. Anda, Teresa, que el sacrificio no es tan grande como tú te figuras. Puedo asegurarte que aun cuando Andrés no hubiera tenido el corazon preso en tus redes... el mio estaba ya...

Teresa. Qué me dices?... tenias amores?...

Adela. Y tanto!... no te lo he dicho hasta ahora. Dos años há que conocí en casa de mi tia Mariana un jóven, tan vivo, tan alegre... ya sabes mi genio... al instante simpatizamos. Nos veíamos diariamente... charlábamos sin cesar... por las noches nos divertíamos haciendo burla de todos los que iban á la tertulia... en fin, pasábamos el rato inocentemente... hasta que un dia se atrevió á declararme su amor... yo me puse hecha una furia... le dije que era un atrevido, que no volviera á ponérseme delante... en fin, lo que se dice siempre al principio... él insistió, me juró que no podia vivir sin mí... y yo le iba ya creyendo... necia de mí!... cuando de la noche á la mañana... qué dirás que hizo?... desapareció... y hasta hoy.

ESCENA III.

ADELA. DON ANDRÉS. TERESA.

Teresa. Qué traes?

Adela. Qué sucede?

Andrés. Una desgracia!

Teresa. Dios mio!

Andrés. Estamos perdidos!
Adela. Se ha muerto el tio?
Andrés. Qué! Se ha ido á caza á las cuatro de la mañana!... así me lo ha dicho el jardinero.
Teresa. Acabáras!... y eso te entristece?
Adela. Andrés... usted anda con unos misterios... Me saca usted de Madrid para que acompañe á su mujer, y me ofrece esplicarme el motivo de este viaje así que lleguemos al pueblo. Pues ya hemos llegado, y reclamo la palabra.
Andrés. Se va usted á enfadar conmigo, Adela!
Adela. Y por qué?... no somos amigos?
Andrés. Va usted á desaprobar mi conducta... pero ya no hay remedio, óigame usted, y la pondré al corriente de mi plan. Ya sabe usted que yo no tengo bienes, y que mi tio me amenaza con desheredarme si no me caso con usted.
Adela. Sí, ya lo sé todo: usted se habia casado de secreto con Teresa, y ya no es posible casarse con dos mujeres; vamos, qué mas hay?
Andrés. Va usted á saberlo.—Hace tres dias que mi tio me envió á Madrid un propio con una carta concebida en estos términos.
Adela. Veamos.
Andrés. (*Lée una carta.*) «Mi querido Andrés: veo que se acerca mi última hora, y te escribo desde el lecho de la muerte. Quiero que tan luego como recibas esta efectúes tu matrimonio con Adela y me la traigas antes que yo pase á mejor vida. Ya sabes que su padre me hizo señalados favores, y murió pobre, dejándome el encargo de cuidar de su hija y establecerla. Contéstame con el dador lo que resuelvas. Advirtiéndote que el escribano está á mi lado, y que haré mi testamento segun sea tu sumision á mis mandatos. Adios, Andrés; y ruégale por tu tio que te ama. = Protasio.— P. D. — Si cuando llegues he muerto, no te dé pena, que yo dejaré dadas mis órdenes.»
Adela. Jesus! qué original! — Y qué es lo que usted le respondió?
Andrés. Le respondí... que ayer mismo me habia casado con usted.
Adela. Conmigo?

Teresa. Es posible?

Andrés. Y que hoy saliamos de Madrid para este pueblo.

Adela. Pues ha hecho usted un pan como unas flores!

Andrés. Ya lo veo!

Teresa. Andrés!... qué locura!

Andrés. Yo creí de buena fé que mi tio estaba dando las boqueadas... y pensaba presentarla á usted como mi mujer.

Adela. Pero debió usted, á lo menos, ponerme en el secreto antes de marchar.

Andrés. Tiene usted razon; pero... la verdad... temí que usted no consintiera...

Adela. Y qué papel destinaba usted en la farsa á su mujer?

Andrés. El de una amiga íntima de usted... que no se separaba nunca de su lado... así se lo escribí al tio... válgate Dios!... y ahora nos hallamos conque ni está enfermo, ni se muere, ni... De caza, tan sano y tan gordo!... yo me alegro mucho, eso es otra cosa... pero es una desgracia terrible, terrible!... y ya no hay mas recurso que meternos otra vez en el coche, y á Madrid!

Adela. Buena salida!... Tiene usted la cabeza mas destornillada!... y ahora doy gracias á Dios de no ser realmente su mujer.

Andrés. Pero vamos, qué quiere usted que haga?

Teresa. Echarnos á los piés del tio y confesárselo todo!

Adela. Otra que tal! Aunque os echeis á sus piés y le digais con tono de tragedia: «os hemos engañado, perdon, tio don Protasio!... perdon!»— Qué sacareis en limpio? Es un viejo tufillas, testarudo, que no se dá á partido... os manda á paseo, os desherada... y quedais lucidos.

Andrés. Pero entonces, señor...

Adela. Déjeme usted acabar!—Ni el uno ni la otra valeis un comino para lances de esta especie. Yo tengo mas calma y mas travesura... conque si me dais plenos poderes, yo me encargo de la comedia.

Andrés. Por mí, corriente.

Teresa. Amiga mia!...

Adela. Por el pronto, lo dicho, soy su esposa de us-

ted... esposa interina: el tio es un campesino de mal genio: bien; empezaré por disgustarle.

Teresa. Eso no será fácil, Adela!

Adela. Facilísimo!—Me haré la aturdida, la coqueta, la loca... vereis, vereis con qué naturalidad!—Tú, Teresita, has de representar el papel opuesto: siempre al lado del tio... mimándolo mucho... y cuando veamos que ya no me puede aguantar... se aventura la confesion.

Andrés. Es usted un ángel!

Adela. Cuidado, esposo mio!... trate usted á su esposa con mucho cariño!...—Teresa, no tengas celos.—Con mucha afabilidad, con mucho amor... no tanto, que vayan á conocer que no somos marido y mujer.

Teresa. Yo le haré creer que me gusta mucho el campo.

Adela. Yo diré que es horroroso... que el jardin es feísimo... y la casa, y la huerta y todo! vereis, vereis...

Andrés. Dios nos saque con bien!... (*Óyense ladridos dentro.*) Ay! no oís?... ya está ahí mi tio!... entraos adentro: yo le recibiré solo... y le prepararé...

Adela. Cuidado con echarlo á perder! (*Vanse las dos.*)

ESCENA IV.

DON ANDRÉS. DON PROTASIO.

Protasio. Dónde están?... dónde están esos muchachos?...

Andrés. (*Corriendo á sus brazos.*) Querido tio!...

Protasio. Andresillo!... y dónde, dónde está tu mujer?

Andrés. Ha ido á arreglarse un poco... No hacemos mas que apearnos... y venia con tanto polvo...

Protasio. Calla, calla!... ceremonias conmigo!... Ya veo que no me conoceis. Aquí no estamos en Madrid... y cuidado que á mí no me gustan pinturas: yo quiero que aquí se viva á la buena de Dios... con franqueza, con franqueza.

Andrés. Teresita... aquella amiga de quien hablé á usted en mi carta... tambien ha venido.

Protasio. Mejor! mejor!... tus amigos lo son mios y pueden venir á mi casa. Además, que yo conozco á la familia de esa jóven... su padre era muy buen suge-

to.—Ah! tambien yo os presentaré un amigo... el dueño de esa quinta que habreis visto orilla del camino real... Un jóven de veinte y ocho años... pero un fenómeno!... filósofo consumado!... Me le encontré que iba tambien de caza... y me ha tenido con la boca abierta... Qué bien habla!... qué sentencias contra los hombres... y sobre todo contra las mujeres... Se esplica como un libro!—Y así, matando conejos y moralizando nos hemos andado mas de seis leguas.

Andrés. Segun eso, tio, ya se siente usted...

Protasio. Ay! malo, malo, muy malo!... Esta máquina se va acabando... así, poco á poco... Ahora mismo me siento tan débil... tan cansado...

Andrés. Despues de andar seis leguas... no tiene nada de particular.

Protasio. No; no es por las seis leguas... eso no me cansa... Esto es efecto de mi mala salud...

Andrés. Ya!... no tendreis apetito...

Protasio. No, lo que es apetito... no me falta: cómo bien... bebo regularmente... duermo bastante... pero estoy muy malo, muy malo!—Sin embargo, debo dar gracias á mi última enfermedad... pues á no ser por ella, aun no te habrias casado.

Andrés. Tio... yo...

Protasio. Calavera!... te gustaba la vida de soltero!...

Andrés. No señor... si no la hago mucho tiempo há.

Protasio. Embustero!... tú has sido siempre amigo de trasnoches y de bromas; pero de aquí vas á salir como nuevo: el amigo que te he dicho se encargará de convertirte. Si le oyeras disertar sobre el desprecio de las grandezas humanas... sobre la futilidad de las... y la instabilidad del... A propósito, aquí viene: él te dirá... porque á mí se me olvidan esos términos...

ESCENA V.

DON LUIS. DON PROTASIO. DON ANDRÉS.

Luis. Se me ha escapado el maldito conejo... despues de andar una legua...

Protasio. Hola, camarada!... aquí le presento á usted á mi sobrino.

Andrés. Qué veo!... estoy soñando!... Luis!...
Luis. Calla!... Andrés!
Protasio. Hola!... se conocen ustedes?...
Luis. Mucho! Hemos sido amigotes en Madrid...
Protasio. Me alegro!... vaya un encuentro!...
Andrés. Pero tio, es este quizá el filósofo de quien me hablaba usted?
Protasio. El mismo.
Andrés. Este!... pues si era el mayor calavera de Madrid!
Luis. Qué tal! Ya ve usted, señor don Protasio, si tengo razon para clamar contra la injusticia de los hombres! Aquí tiene usted uno de mis mayores amigos, tratándome de calavera... por media docena de travesuras, que estoy espiando de una manera ejemplar.
Andrés. Estás loco?... tú, el mas bullicioso, el mas coqueton...
Protasio. Vamos, vamos!... Señor sobrino, respete usted la virtud!
Andrés. Habrás cambiado enteramente en dos años que no te veo?
Luis. Ay! amigo mio!... en esos dos años he vivido un siglo! He sufrido tanto... tanto... Y luego las penas del alma... Ay! las penas del alma me han muerto!
Protasio. Qué desgracia de jóven!
Luis. Y á propósito de penas del alma, eres todavía celoso?
Protasio. Calle usted, si está casado!
Luis. Te has casado!...—Ay! amigo mio!... te compadezco!... y sobre todo, á tu mujer!
Protasio. Cómo, cómo... pues qué el matrimonio?...
Luis. El matrimonio!... oh! el matrimonio es una gran cosa! nosotros los moralistas lo consideramos como la base fundamental de... Y crea usted que si yo no estoy casado, no es culpa mia. Figúrese usted, señor don Protasio, que despues de haberme engañado todas las mujeres de este mundo, tengo al fin la dicha de encontrar una que me ama... ó por lo menos que lo aparenta; pero vea usted qué fatalidad: esta mujer tenia un padre!...
Protasio. Hombre!...
Luis. Este padre la habia prometido á otro, y contra

viento y marea de la muchacha me pone en la calle. Yo no desisto: la pido una cita, salto una tapia, llego al emparrado del jardin, la encuentro, y allí, bajo la bóveda del cielo, en medio de la noche, nos juramos amor eterno.—Al dia siguiente recibo órden del inspector para ir á mi regimiento; marcho á campaña... y desde allá la escribo cien cartas... nada: sin responderme!—Concluida la guerra vuelvo á Madrid, pregunto, y me dicen que su padre ha muerto, y que la visita un jóven con quien va á casarse... Entonces, maldiciendo de las mujeres, me retiro á este desierto, donde por fortuna encuentro al venerable anciano en cuya compañía me dedico á practicar la moral sublime, encanto de la existencia, y don precioso de la filosofía.

Protasio. Estimando, señor don Luis!... usted me confunde... y me...

Andrés. (*Ap.*) Vamos, se ha vuelto loco!—Y qué, no has averiguado despues nada acerca de tu querida? Debias informarte mas...

Luis. Para qué? para convencerme de su infidelidad? No: así, á lo menos, la duda me sirve de consuelo. Además, confieso á ustedes que soy fatalista, y creo que mi estrella es ser engañado por todas las mujeres.

Protasio. Cierto que la juventud del dia...

Luis. Oh! no me hable usted! Qué juventud!... qué costumbres!

Protasio. Sí, yo soy de la opinion de usted, en cuanto á los hombres; pero tocante á las mujeres... no tanto; algunas se encuentran que... vamos...

Luis. Sí, aquí, entre las lugareñas: es verdad... hay candor... y frescura...

Protasio. Eso, eso!... el candor y la frescura...—Pero cómo tarda mi sobrina, y estoy deseando abrazarla! Espero que ella le ha de reconciliar á usted con el bello sexo... Eh! yo los dejo á ustedes y vuelvo pronto. (*Ap. yéndose.*) Qué jóven tan apreciable!... qué talento!... es un prodigio, un prodigio!

ESCENA VI.

DON LUIS. DON ANDRÉS.

Andrés. Ahora, si puedes, mírame sin reirte.
Luis. No: no me chanceo.
Andrés. Vamos, te ha dado por ahí la locura!
Luis. Hablo sériamente: he dado al mundo un adios eterno... y me he encerrado en una ermita.
Andrés. En una ermita!
Luis. Quiero que la veas. Es modesta, pero agradable: tiene huerta, jardin, estanque... allí vivo en la soledad... no recibo gentes sino tres veces á la semana... hay piano... se toca... hay mesa de villar... tenemos partidas de caza... Nada supérfluo, nada de lujo... lo estrictamente necesario!
Andrés. Calla! pues de ese modo yo tambien sería ermitaño. Admiro, en verdad, el esfuerzo que has hecho para renunciar á las pompas de este pícaro mundo. Tendrás buena librería?
Luis. No, amigo mio: no tengo libros: me he deshecho de los que habia en la quinta: eran novelas, obras inútiles, inmorales...
Andrés. Las has vendido!...
Luis. Las he cambiado por unos barriles de Jerez.
Andrés. Soberbio cambio!
Luis. Qué quieres!... yo tengo mis ideas: el buen vino no hace daño, y los malos libros sí.
Andrés. Pero tú, que no podias vivir sin estar enamorado...
Luis. No me hables de eso!... detesto á las mujeres... no hay fidelidad en la tierra!...

ESCENA VII.

DICHOS. TERESA.

Luis. (*Viéndola salir.*) Hombre!... mira qué linda muchacha!... Es tu mujer?
Andrés. Mi mujer?... No... es una amiga suya.
Luis. Qué buena moza!... preséntame... preséntame.
Andrés. Se... señorita...

Luis. Es soltera?... mejor.

Andrés. Tengo el honor de presentar á usted al señor don Luis del Valle... un filósofo que hace gala de aborrecer á las mujeres.

Luis. Hombre, no!... estás loco!... No lo crea usted, señorita... yo aborrecer á las mujeres!... nunca he proferido semejante blasfemia.

Teresa. No debe suponerse, al ver á este caballero, que tenga por qué quejarse del bello sexo.

Luis. (*A Andrés.*) Cáspita!... qué talento tiene!

Andrés. (*Ap. á Teresa.*) No te fies de él... es un loco... un charlatan.

Luis. Quién puede, al ver una jóven tan interesante...

Andrés. (*Ap.*) Con qué fuego habla!—(*A Teresa.*) Si descubre nuestro secreto, somos perdidos.

Luis. Qué la dice á usted, señorita?... apuesto á que me está calumniando!

Teresa. Caballero...

Andrés. (*A Teresa.*) Cuidado!

Luis. (*A Andrés.*) Qué figura tan magestuosa!... qué aire tan simpático!...

Andrés. Sí... no es maleja... (*Ap.*) Gracias á Dios que viene mi tio!

ESCENA VIII.

DON LUIS. DON PROTASIO. ADELA. DON ANDRÉS. TERESA.

Protasio. Ven acá, sobrina... ven á confundir á un temerario que se atreve á calumniar al bello sexo.

Adela. Hace muy mal, tio, y yo le probaré...

Protasio. Mírale... ahí le tienes.

Luis. (*Ap.*) Adela!

Adela. (*Ap.*) Cielos!

Luis. (*A Andrés.*) Cómo!... Andrés... esa señora... es tu mujer?

Andrés. Sí.

Protasio. Sí señor... su mujer.

Adela. (*Ap.*) Estoy turbada!

Luis. (*Ap.*) Y la pérfida se atreve á presentarse á mis ojos!

Adela. (*Ap.*) Dios mio!... me juzga infiel!

Teresa. (*Ap. á Andrés.*) Adela se ha turbado!... se le va á olvidar el papel, y somos perdidos!

Protasio. Vamos, señor filósofo, qué dice usted de mi sobrina?

Luis. (*Disimulando el enojo.*) Qué he de decir!... que es encantadora... (*Ap.*) Infame!...

Protasio. Sabes, sobrina, por qué es toda esa manía con las mujeres?... porque fué á enamorarse de una coquetilla... y tiene sospechas...

Luis. Sospechas?... Diga usted pruebas irrecusables!

Adela. Quizá esté usted engañado... muchas veces las apariencias...

Luis. (*Ap.*) Hay descaro semejante!

Protasio. Ha tenido usted noticias frescas?...

Luis. Sí señor... muy frescas!

Protasio. De que es infiel?... Pues, cómo ha de ser!... no hay que desconsolarse por eso. Se la deja, y se ama á otra. Así hacia yo cuando muchacho.

Adela. Tio!... qué consejo le dá usted!...

Luis. Escelente, señora!... y lo seguiré al pié de la letra.

Protasio. Eso es!—Conque, sobrina, cuidado, que dentro de un año quiero tener un sobrinito...

Adela. Tio!...

Protasio. Te pones colorada!... ah! simplecilla!... (*A Andrés.*) Bribon! qué feliz eres!

Luis. (*Ap.*) Buen papel estoy haciendo!

Protasio. Cómo me gusta ver casarse á los muchachos!—Ah! ya os he dispuesto habitacion sola y retirada... allá... con vistas al jardin... independiente de toda la casa.

Teresa. (*A Andrés.*) Andrés!... oyes!...

Adela. Tio, yo no quiero separarme de mi amiga.

Protasio. Cómo qué?... Buenos estamos! No hay que hablarme de eso!—Esta señorita tiene aquí su habitacion. Tiempo tienes de estar con ella todo el dia.

Adela. Pero tio...

Protasio. Los buenos esposos deben habitar juntos... no es así, señor don Luis?

Luis. Sí... sí señor.

Protasio. Qué ojos le echa usted á mi sobrina!... Como si la aborreciera de muerte.

Adela. El señor no tiene ningun motivo...

Luis. No, señora, no... ninguno! Al contrario, la debo dar á usted muchas gracias...

Protasio. Pues!... ya se ablanda!... al fin acabarán por ser amigos.—Ah! quiero que veais mi huerta, mi jardin... Ven, sobrina, de camino te enseñaré tu habitacion... verás qué bien te la he adornado.—Viene usted, señor don Luis?

Luis. Sí señor, al instante voy.

Adela. (*Ap.*) Si yo pudiera desengañarle!

Protasio. Teresita, allí tiene usted su cuarto: si quiere usted descansar... con franqueza. (*A don Luis.*) Conque, viene usted?

Luis. Al instante.

Protasio. Vamos, sobrina, vamos... le gusta la soledad... dejémosle con su tema.

ESCENA IX.

DON LUIS. DON ANDRÉS.

Andrés. Luis, qué tienes?... parece que estás consternado.

Luis. (*Estrechándole la mano.*) Adios, Andrés, adios!

Andrés. Qué es eso!... mira que estamos solos; nadie nos oye... deja ese tono patético!

Luis. Adios, te digo.

Andrés. Pues qué, te vas?

Luis. Ahora mismo.

Andrés. Y á qué viene esa marcha repentina?

Luis. No puedo declararte el motivo. Bástete saber que hay sacrificios que deben hacerse á la amistad.

Andrés. Vamos, habla!... quiero absolutamente que me declares...

Luis. (*Con tono solemne.*) Tú lo exiges... amigo mio!... Pues bien! te lo diré.

Andrés. Me haces temblar!

Luis. Sabe, pues, que la pérfida á quien he amado tanto... la pérfida que me ha engañado... la pérfida...

Andrés. Vamos!... quién es la pérfida...

Luis. Tu mujer.

Andrés. Mi mujer! (*Ap.*) Cáspita! no es malo el chasco!

Luis. Sí, tu mujer! Ya ves si hay motivo para que un

hombre se vuelva misántropo. Tu tranquilidad lo reclama; y yo parto. Adios, Andrés... adios para siempre!

Andrés. Pero qué, no es mas que eso!... pues quédate, hombre, quédate... que á mí eso no me dá cuidado.

Luis. Cómo!... tú que siempre has sido celoso...

Andrés. Sí, celoso de mis queridas... pero de mi mujer... no!

Luis. Te burlas?

Andrés. No, hombre! te digo que te quedes. Crees que soy un marido ridículo?... Quédate, Luis, quédate por Dios!

Luis. (*Con despecho.*) Sí, me quedaré... me quedaré... pero será para probarle que me es del todo indiferente. Si me marcho, creerá tal vez que es despique, que es desesperacion... no señor... yo la convenceré... (*A Andrés.*) Me quedo, Andrés, me quedo... y voy á seguir el consejo de tu tio. — Ay! qué feliz idea!... Andrés, ya no la amo... la hermosa Teresa me la ha hecho olvidar!

Andrés. Qué? qué?...

Luis. Estoy enamorado de ella!

Andrés. De Teresa!

Luis. Enamorado hasta los hígados!... la adoro... la idolatro...

Andrés. Pero tan pronto?...

Luis. Qué quieres!... un rayo de simpatía... un flechazo!... — Ah! cuento contigo para que la prepares...

Andrés. Yo?...

Luis. Tú parece que la tratas con franqueza: háblala de mis bienes, de mi cuna, de mi genio... pondérame mucho!... dila que soy tierno, consecuente, fiel.

Andrés. Poco á poco!... yo no la digo eso... yo no miento nunca! — Además, tú eres mi amigo, Luis, y no puedo consentir que hagas semejante matrimonio.

Luis. Y por qué?

Andrés. Porque... En primer lugar, Teresa es pobre.

Luis. Mejor!... yo soy rico... y la haré feliz. Hay mayor dicha que hacer feliz á la que se ama?

Andrés. Y luego... Teresa no es lo que se llama bonita...

Luis. Ay! Andrés, no digas eso!... Es por otro estilo

que tu mujer... pero no vale menos. Una tez de rosa... y unos ojos... qué ojos!...

Andrés. No digo que sea fea... pero su genio...

Luis. Qué?

Andrés. Es algo coqueta...

Luis. Y qué mujer no lo es un poquillo?...

Andrés. Muy caprichosa...

Luis. Caprichosa?... Andrés, estoy decidido. Me muero por las mujeres caprichosas!... tienen una mezcla de viveza, de indolencia, de coquetería, de juicio... y esta variedad diaria hace que se crea uno casado con veinte mujeres á un tiempo. Caprichosa me has dicho?... Andrés!... ese es un tesoro!

Andrés. Pero tú decias antes que no te gustaban mas que las lugareñas... y Teresa se ha criado en Madrid.

Luis. Oh! no hay regla sin escepcion. Y además... tiene un aire tan candoroso y sencillo... que parece criada en el campo.

Andrés. (*Ap.*) Ah! verdugo!—Pues señor, á pesar de todo, digo que no te conviene, y no puedo permitir...

Luis. Despacio, señor don Andrés... usted me ha quitado ya una querida... y lo que es esta...—Pero es cosa rara que no tengas celos de tu mujer, y hables de la otra con tanto fuego!

Andrés. (*Ap.*) Tiene razon!... no sé por qué me apuro conociendo á mi mujer.—En fin, Luis, haz lo que quieras; pero me parece que vas á perder el tiempo. Teresa es tan fria, tan indiferente... no va á gustar de tí... no le agradan mas que los hombres de mucho juicio.—Verás... verás...

ESCENA X.

DON LUIS.

Que no va á gustar de mí?... lo veremos!—Y el señorito este que me lo quiere estorbar... Pues por lo mismo he de formar mas empeño.—Ya me estoy gozando en pensar la rabia de Adela, cuando vea que tomo mi partido con la mayor frescura. Ah! ella lo ha querido... la culpa es suya... nada tengo que echarme en cara!... Animo pues... y hagamos sentir

á esa infiel lo que ella me hace sentir á mí! — Calla! aquí viene la hermosa Teresita!... vamos, la adoro, es cosa decidida... y voy á hacerla mi declaracion.

ESCENA XI.

DON LUIS. TERESA.

Teresa. Perdone usted... creí que estaba Andrés...
Luis. Acaba de marcharse... pero no se vaya usted... yo se lo suplico...
Teresa. Temo...
Luis. Teme usted hablar conmigo?
Teresa. Como usted prefiere la soledad...
Luis. Sí, es cierto... me gusta la soledad... pero me ofrece mas encantos cuando usted la embellece.
Teresa. Cómo es esto!... se vuelve usted galante?
Luis. Lo estraña usted?
Teresa. No ha jurado usted ódio eterno á mi sexo?
Luis. Tenga usted mejor opinion de mí. Yo aborrezco á las mujeres frívolas, infieles... pero aprecio, idolatro la virtud modesta, el candor ingénuo... y al conocer á usted...
Teresa. Vaya!... que aunque tratase usted de galantearme...
Luis. Lástima es que ese esterior amable oculte una alma fria, indiferente...
Teresa. Quién le ha dicho á usted eso?...
Luis. Oh! yo lo sé.
Teresa. Pues le digo á usted que le han informado mal.
Luis. Cómo!... será cierto!... es usted susceptible de una pasion tierna?...
Teresa. Sí señor.
Luis. De un amor constante?...
Teresa. Por qué no?
Luis. Su corazon de usted no es insensible?...
Teresa. Aquí podria darle á usted pruebas...
Luis. Esa turbacion... ese suspiro... Ah! ya no disimulo mas. Teresa encantadora, perdone usted mi temeridad... pero yo la adoro... soy jóven... soy rico... puedo disponer de mi mano... y todo lo ofrezco á esos piés. Me han dicho que usted gusta de los hombres de

juicio... yo soy el juicio personificado... Acepta usted?... Ah! su negativa me costaria la vida... sí, Teresita, la vida.

Teresa. Pero está usted en sí?... sabe usted?...

Luis. Consiente usted?... Ah! soy el mas feliz de los hombres!...

Teresa. (*Ap.*) Qué compromiso!...

Luis. Ah! repítalo usted...

Teresa. El qué?... si yo no he dicho nada!...

Luis. Repita usted mi felicidad!...

Teresa. Pero advierta usted...

Luis. Me jura usted ser siempre la misma?...

Teresa. (*Con ironía.*) Sí señor, la misma!

Luis. Oh! felicidad!... felicidad sin límites!...

ESCENA XII.

DON LUIS. DON ANDRÉS. TERESA.

Andrés. (*Ap.*) Cáspita! los dos juntos!...

Luis. Andrés!... ven acá!... es negocio hecho!

Andrés. Cómo negocio hecho!

Luis. Sí, amigo mio, sí!... la amo... me ama... nos amamos...

Andrés. Te ama!... cómo lo sabes?

Luis. Me lo han dicho sus ojos... su conmocion... estoy loco de júbilo! (*Ap.*) Ah! pérfida Adela!... voy á buscarla... para que me vea tranquilo y contento! (*A Teresa.*) Adios, Teresita!... sus palabras de usted me han llenado de gozo el corazon!... (*A Andrés.*) Anda, yo me voy... acaba tú de conquistármela... está muy bien dispuesta, y no te costará gran trabajo. Me voy, Teresita, me voy á pensar en usted!

ESCENA XIII.

DON ANDRÉS. TERESA.

Andrés. Muy bien, señora!

Teresa. Qué hay?

Andrés. Nada!... que ha sabido usted darle pié con mucho arte!

Teresa. Puedes creer?...

Andrés. Es tan agradable á las mujeres oirse galantear!
Teresa. Pero, hombre, qué querias que respondiera? Si tampoco él me ha dejado meter baza!
Andrés. La mujer que quiere hacerse respetar, lo consigue. Pero, ya se ve... Luisito es un jóven amable, seductor...
Teresa. Andrés!... qué estás diciendo!
Andrés. Perdóname, Teresita... perdóname!... soy injusto contigo!... Pero estoy en una situacion... no me llega la camisa al cuerpo... y como te quiero tanto!... vamos, perdóname esta ligereza!
Teresa. Tus celos me hacen desgraciada!
Andrés. Sí, soy un majadero... me mataria!... Pero perdóname, yo te lo suplico!
Teresa. Siempre atormentándome!...
Andrés. Quieres que me desespere?... Vamos, Teresita!... vamos!... abrázame, y se acabó... abrázame!... (*La abraza.*)

ESCENA XIV.

DON ANDRÉS. DON PROTASIO. TERESA.

Protasio. Qué veo!... qué veo!... estoy soñando!...
Andrés. Cielos! mi tio!
Teresa. Somos perdidos!
Protasio. (*Poniéndose entre los dos.*) Muy bien, señor sobrino!... continúe usted!... — Pícaro! al segundo dia de casado!... no te dá vergüenza!...
Andrés. Tio... no crea usted...
Protasio. Calle usted! — Qué disculpa puede usted dar?... Sin respeto á las buenas costumbres... á la decencia... á la moral!...
Andrés. Le juro á usted...
Protasio. Silencio! — Y usted, señorita!... Así corresponde usted á la amistad de mi sobrina!... Desunir un matrimonio!... ese es un proceder muy indigno!
Teresa. (*Ap.*) A lo que me espongo, Dios mio!
Andrés. Tio, deje usted que le esplique...
Protasio. No quiero esplicaciones. (*Ap.*) Esta muchacha no puede quedarse aqui... Buscaré un pretesto... diré... Esto es!—Señorita, agradezco á usted la bondad que ha tenido de venir acompañando á mi sobrina; pe-

ro su familia de usted debe desear tenerla á su lado... yo sé que es usted muy querida... conque... eh? (*Ap.*) No responde!—Pues es natural que no se hallen sin usted... conque voy á dar mis disposiciones para que ahora mismo se vuelva usted á Madrid.

Teresa. Cielos!

Andrés. Yo no puedo permitir...

Protasio. Eh!... qué es eso!... no faltaba mas! quieres que te...

Andrés. (*Ap.*) Es mucha situacion la mia!... voto á!...

Protasio. Usted, señorita, no tenga cuidado... irá en el coche con una persona de toda confianza...

Teresa. (*Ap. á Andrés.*) Dios mio!... qué hacemos?...

Andrés. Nada: yo me voy contigo!

Protasio. (*Oyéndolo.*) Hola! «yo me voy contigo...» qué lenguage es ese... infame!

Andrés. (*Ap.*) Estoy en un potro!

Protasio. Aun levanta el gallo!... Pícaro!... con una mujer como un sol... y ya... Qué horror! qué escándalo!—Venga usted, señorita... vamos á disponer la marcha.—Hola! hola!... «yo me voy contigo...» Tunante!...

ESCENA XV.

DON ANDRÉS.

Y qué hago yo ahora?... Me va á separar de mi mujer!... Ese Luis tiene la culpa... el infierno lo ha traido aquí!... Yo pierdo la cabeza!...

ESCENA XVI.

ADELA. DON ANDRÉS.

Adela. Ay! Andrés!... no sabe usted lo que me pasa!... Estoy afligida!...

Andrés. Y yo desesperado!

Adela. No sabe usted á lo que me he espuesto por mi condescendencia! No ha notado usted la conmocion de ese jóven?...

Andrés. Sí!... estamos perdidos!...

Adela. Cómo! se ha descubierto el secreto?

Andrés. No; pero figúrese usted que ese maldito de Luis se ha empeñado en casarse con mi mujer!

Adela. Es posible?

Andrés. Está enamorado, perdido... hace mil locuras...

Adela. Ah! traidor!... pérfido!...

Andrés. Pero oiga usted...

Adela. Es una infamia!... una villanía!...

Andrés. Vamos!... todos aquí se han vuelto locos!... Pero advierta usted...

Adela. Confieso que las apariencias me condenaban... pero no tendria mucho amor, cuando ha podido resolverse tan pronto!

Andrés. Estamos frescos!... Pero y mi mujer?... Dios mio!... si la habrá despachado ya!... voy tras ella!...

ESCENA XVII.

ADELA.

Tonta de mí!... yo creía que su turbacion era señal de que aun me amaba... Pero no!... él no deseaba mas que un pretesto, y ya lo ha hallado. Despues de tantos juramentos!... Ingrato!... villano!...

ESCENA XVIII.

DON LUIS. ADELA.

Adela. (*Ap.*) Aquí viene... no quiero desengañarle... veamos antes si trata de justificarse.

Luis. (*Ap.*) Ea! firmeza! sangre fria! yo no la amo ya... —Y qué linda es! cómo en un cuerpo tan hermoso puede caber un corazon tan falso!

Adela. Hola!... es usted, caballero!

Luis. Sí señora.

Adela. Se aleja usted ya del nuevo objeto de su amor?

Luis. No señora, nada de eso: creí encontrarlo aquí.

Adela. Ya!—Parece que la ama usted mucho!

Luis. Con delirio, señora!

Adela. Qué pasion tan repentina!

Luis. Pero qué verdadera!

Adela. Y me han dicho que se casa usted?

Luis. Han dicho la verdad, sí señora, me caso.

Adela. Muy pronto?

Luis. No tanto como yo deseo.

Adela. Y esa boda se hace?...

Luis. Por amor, soñora, por amor.

Adela. Deseo que le proporcione á usted toda la felicidad que se merece.

Luis. Muchas gracias.—Y una vez que me desea usted tanto bien, permítame usted que me atreva á pedirle un favor.

Adela. Un favor?... hable usted.

Luis. Usted conoce á la mujer que yo amo.

Adela. Es mi mejor amiga.

Luis. En eso me fundo para pedir á usted que la hable por mí... dígale usted que mi único anhelo es hacerla dichosa.

Adela. Así lo haré.

Luis. Dígale usted sobre todo... y nadie mejor que usted puede decirlo, que mi corazon sabe amar con firmeza; que si algun dia me engaña... destruirá la felicidad de mi vida... y la destruirá para siempre!

Adela. Muy bien: la diré todo eso... y tambien la diré lo fiel que es usted, el esfuerzo que le cuesta romper los primeros lazos, y el trabajo conque forma usted otros nuevos.

Luis. Pero se me figura que dice usted eso con ironía.

Adela. Qué disparate! No señor.—Y no quiere usted que le diga mas?

Luis. No señora: usted podrá añadir lo que le sugiera la buena opinion que debe usted tener de mí.

Adela. Pues bien, sí señor: añadiré que es usted el hombre mas mudable, mas inconstante, mas injusto... que no teme usted destrozar un corazon despues de seducirlo, y que se burla usted de promesas y juramentos.

Luis. Ese es un cargo que no esperaba oir de su boca de usted.—Quién, sino usted, ha violado esos juramentos.

Adela. Yo?

Luis. Usted, claro está!

Adela. No lo veo yo tan claro.

Luis. Cómo! — Cuando llego y la hallo á usted casada, se atreve usted á decirme que no es infiel?
Adela. Sí señor, me atrevo.
Luis. Señora!... eso es querer decir... En fin, usted es mujer de Andrés.
Adela. Y si no lo fuera?
Luis. Si no lo fuera usted!... cielos! qué sospecha! Pero no... usted quiere burlarse... abusar del imperio que aun conserva en mi débil corazon!
Adela. (*Con agitacion.*) Ah!... no puedo mas!—La mujer de Andrés es Teresa... yo no estoy casada... y solo por contribuir á la dicha de ambos, he consentido en pasar aquí por la sobrina de don Protasio.
Luis. Cómo!... es posible?...
Adela. Yo me habia propuesto hacer el papel de una aturdida por disgustar al tio; pero su presencia de usted ha desconcertado mi plan.
Luis. (*Echándose á sus piés.*) Oh! Adela!... mujer encantadora!... ángel del cielo!... mírame á tus piés!... perdóname un instante de error... la desesperacion de perderte me tenia loco!...
Adela. Ah! Luis!... qué peso ha quitado usted de mi corazon!

ESCENA XIX.

DON LUIS. DON PROTASIO. ADELA.

Protasio. Anda! anda!... me alegro! otro contrabando!
Luis. Don Protasio!...
Adela. Cielos!
Protasio. El marido por un lado, y la mujer por otro!
Luis. (*Ap.*) Vuelvo á hacer mi papel.
Protasio. Dígame usted, señor filósofo, la estaba usted enseñando alguna tésis, ó algun curso de moral?... y la señora sobrina parece que se va formando en su escuela. — Qué es esto, señor!... en una casa honrada!... á la vista del retrato de una señora que no se deslizó una sola vez en sesenta y cinco años!
Adela. Vamos, tio!... que se alborota usted por nada!...
Protasio. Cómo por nada!... y he visto al señor á tus piés!...

Adela. Y qué?... qué tiene de particular que un hombre esté á los piés de una mujer bonita? No lo ha visto usted eso nunca, querido tio?

Protasio. Jesus!... Jesus!... qué lenguage!... Señora, usted está casada... y si yo se lo cuento á su marido...

Adela. A Andresito?—Vaya usted, vaya usted á contárselo, que no le dirá nada nuevo. Libertad completa es nuestra divisa: él no me molesta, yo no le incomodo, y así estamos siempre de acuerdo.

Protasio. Qué horror!... la ingenuidad del vicio!... qué principios!... qué depravacion!

Luis. Estoy indignado!

Protasio. Calla!... usted ahora!... Buena boda hemos hecho!... buena pareja!...

Adela. No se altere usted, tio, que le va á dar un mal.

Protasio. Se ríe usted de mí, señorita?...

Luis. Qué atrocidad!

Adela. Vamos, señor don Luis, serénese usted... Adios, tio... Usted no conoce los usos del gran mundo... yo me obligo á domesticarle... y espero que en breve seremos amigos.—Luisito, que le espero á usted... no tarde usted en venir.

ESCENA XX.

DON LUIS. DON PROTASIO.

Protasio. Uf!... yo me ahogo!... á mí me va á dar algo!

Luis. Yo estoy estupefacto!...

Protasio. A los dos dias de casados!... qué será cuando lleven un año!

Luis. Es mucha conducta!...

Protasio. Y usted que aborrecia á las mujeres!...

Luis. Y qué quiere usted!... he sido seducido!... El hombre mas grande tiene un momento de debilidad!... pero ya estoy arrepentido, y le juro á usted que no siento hácia su sobrina el menor afecto que pueda reprobar el honor.

Protasio. A otro perro!... ya no me fio!... No se avergüenza usted?... una mujer casada...

Luis. Para probarle á usted que no pienso ya en la mujer de Andrés, hoy mismo me caso con su amiga.

Protasio. Con su amiga?
Luis. Sí señor, con la que la acompaña.
Protasio. Se casa usted?
Luis. Hoy mismo.
Protasio. Otra que tal! — Hombre!... hombre!... mire usted lo que va á hacer!... Conoce usted bien á esa jóven?
Luis. Mucho!
Protasio. Es que... yo puedo decirle á usted algo de ella.
Luis. Nada, nada!... lo he reflexionado bien.
Protasio. Es que yo no puedo permitir que sea usted engañado por esa jóven.
Luis. No tenga usted cuidado por eso!
Protasio. Es que... le diré á usted que la he encontrado aquí mismo...
Luis. Es un error!
Protasio. La he visto con mis propios ojos...
Luis. Es una ilusion!
Protasio. Dale!... es que quiero que sepa usted...
Luis. Lo sé todo.
Protasio. Huy! qué testarudo!... es que le pondrá á usted los...
Luis. No importa... yo cargo con todo.
Protasio. Adelante... sobre gustos no hay disputas. Cásese usted, cásese usted con la amiga de mi sobrina... ó de mi sobrino. (*Ap.*) Mejor! así se arregla todo sin ruido. — En casa tengo el escribano... vaya usted á buscarlo... cásese usted... pero con la condicion de que ahora mismo se marcha usted de casa con su mujer.
Luis. Que nos marchemos?
Protasio. Lo siento; pero, amigo, la paz de la familia... la moral... el honor... exigen que se marchen ustedes. No digo mas... ya puede usted entenderme.
Luis. Corriente; nos marcharemos.
Protasio. Ya he mandado enganchar las mulas al coche... conque váyase usted con ella, váyase usted con ella.
Luis. Ah! señor don Protasio!... cuántos favores!...
Protasio. Bien está, bien... váyase usted.
Luis. Es usted un señor admirable... antes de marchar, déjeme usted que le abrace... que le estre-

che... que le estruje... con toda mi alma... y mi corazon!...

Protasio. Eh!... que me ahoga usted!... basta!... Llévele el diablo con sus abrazos y sus cumplimientos!

ESCENA XXI.

DON PROTASIO.

En medio de la cólera que tengo... me hace reir este majadero... El cree que ha encontrado un tesoro de virtud!... Es particular!... los que peor hablan de las mujeres, son los que caen mas pronto. Yo le he dicho lo que debia... pero él se empeña... con su pan se lo coma! — Aquí viene el bribon de mi sobrino.

ESCENA XXII.

DON PROTASIO. DON ANDRÉS.

Andrés. Tio! tio!... qué ha hecho usted de Teresa?... dónde está?

Protasio. Libertino!... aun te atreves á hablarme de ella!... Pero ya he puesto yo remedio: no la volverás á ver.

Andrés. Dios mio!... se ha marchado ya?

Protasio. (*Ap.*) Quiero quitarle toda esperanza.—Ya está andando camino de Madrid.

Andrés. Cielos!... qué ha hecho usted?...

Protasio. Tranquilízate, va bien acompañada: el don Luisito va con ella.

Andrés. Cómo! Luis va con mi mujer?... Tio! tio!... usted me ha robado á mi mujer!

Protasio. Tu mujer!... qué farándula es esa?

Andrés. Sí señor, mi mujer!... y Luis está enamorado de ella.

Protasio. Cómo lo sabes?

Andrés. Él mismo me lo ha dicho. Sepa usted...

ESCENA XXIII.

DON LUIS. ADELA. TERESA. DON PROTASIO. DON ANDRÉS.

Luis. Señor don Protasio, antes de marchar, quiero tener el gusto de presentarle á usted á mi esposa.
Andrés. Qué oigo!
Luis. Adela, dá las gracias al señor por las bondades que ha usado contigo.
Protasio. Su esposa!... qué diablos quiere decir esto?
Luis. Sí señor, mi esposa. No me ha dicho usted que llamase al escribano para firmar el contrato?
Andrés. Cómo! tio!... usted los ha casado... Ah! usted me vuelve la vida!...
Protasio. Y ahora este me dá las gracias porque he casado á su mujer con otro!... Todos se han vuelto locos!... ó qué significa esto?...
Luis. Yo se lo diré á usted.—Que Adela se prestó á pasar por su sobrina; pero que no lo es.
Protasio. Cómo que no?
Adela. Como que no.
Luis. Su verdadera sobrina es Teresita.
Protasio. Calla!...
Teresa. (*Ap.*) Yo tiemblo!
Luis. Podia usted creer otra cosa de mis principios?... de mi moral?... yo seducir á la mujer de mi amigo!... yo!... un filósofo!... No señor! No!
Protasio. Conque es decir que Andresito...
Luis. Es culpable, sí!... culpable de una superchería... de un subterfugio. Pero, señor don Protasio, la juventud tiene deslices... la humanidad, debilidades... la inesperiencia, errores. Que sería de los hombres si la indulgencia, perdonando las injurias...
Protasio. Eh! déjese usted ahora de filosofías...
Luis. El resultado es que no ha habido insulto á las buenas costumbres...
Adela. Ni á la decencia...
Andrés. Ni á la fidelidad conyugal.
Protasio. Es verdad, á nadie, á nadie... mas que á mí, que me habeis engañado como á un chino.
Pero en fin, ya que es preciso
Vuestra falta perdonar,

Tratemos de redactar
Las papeletas de aviso.

Adela. En estilo muy conciso
Lo haré yo sin dilacion.

(*Al público.*) Damos parte á la reunion
De esta *boda improvisada*,
Esperando una palmada
En señal de aprobacion.

FIN DE LA COMEDIA.

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin y D. Fernando Fe.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5